LA VARITA DE VIRTUDES

Ó

CURA DE LOS DESEOS,

SAINETE

DE D. JUAN DEL CASTILLO,

PARA SEIS PERSONAS.



MADRID:—1864.
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE LA SEÑORA VIUDA É HIJOS DE D. JOSÉ CUESTA,
calle de Carretas, número 9.

PERSONAS.

MARCOS, *zapatero.*
ROSA, *su muger.*
SEBASTIANA, *su madre.*
HERNANDO, *vecino.*
DON PEDRO, *viejo.*
DON TEODORO, *médico.*

Casa pobre: mesa con avíos de zapatero.

Aparece Marcos *trabajando y luego sale* Rosa.

Marc. Que me pariese mi madre
para que en el mundo fuera
Zapatero remendon?
¡Ah, fortuna! ¿no pudiera
haber trocado mi suerte?
Qué le hemos de hacer, paciencia.
(*Sale Rosa.*)

Rosa. Marcos, hijo, qué deseos,
me han dado.

Marc. Mujer, revienta, acaba
qué te se antoja? despacha.

Rosa. Ahora me asomé á la reja
y ví pasar por la calle
una señora... si vieras
qué bien calzada que iba!
qué hermosa saya de seda
con dos andanas de flecos
y muchas borlitas sueltas!
Mas sobre todo el manton!
Ay que riquísimo era!
lo menos menos, tenia
el encaje cuatro tercias.
Vaya, me quedé asombrada!
Ay Marquitos, hijo es fuerza
que me compres uno igual.

Marc. Tú has perdido la chaveta!
¡Mujer! me ves sin camisa
y que á esta hora no hay yesca
para encender el anafre
y te se antoja una prenda
de tanto valor?... acaso
falsifico yo moneda?

Rosa. Pues hijo, falsificarla
y saldremos de miseria.

Marc. Y que en la plaza me cuelguen?

Rosa. Y qué importa? si te cuelgan
morirás por haber hecho
las debidas diligencias
para traer á tu esposa
con decoro y con decencia.

Marc. Pues hija mia, si aguardas
á vestirte con la renta
de monedero, andarás
como nuestra madre Eva.

Rosa. Pues buscar otros arbitrios

Marc. Pues dime uno.

Rosa. Cualquiera.
Sal á robar.

Marc. Gran demonio,
tú quieres que vaya á Ceuta
despues de haberme molido
las costillas con la penca?

Rosa. Pues quiero manton, manton.

Marc. Pues haztelo de una estera
y échale la guarnicion
de cascabeles.

Rosa. So bestia
de mí te burlas?

Sale Sebastiana con el niño en brazos.

Seb. Qué es esto?
bribon, siempre con quimeras
quieres matar á mi hija?

Marc. Al contrario, ella desea
verme pernear.

ROSA. Sí mucho;
ójala que yo te viera
en las manos del verdugo.
MARC. Antes ciegues que tal veas.
SEB. No me insultes á mi hija
porque si doy cuatro vueltas
te he de poner en la cárcel.
MARC. Pues, al punto que me prendan
que me quemen, que me ahorquen
que lo manda mi señora
la condesa del remiendo.
SEB. Qué, te burlas?
conque segun eso, piensas
que Rosa y yo, no tenemos
sujetos que nos protejan?
ROSA. Jesus! mil veces me ha dicho
D. Blas Gariticochea,
niña, no sea usted tonta,
en queriendo quedar suelta
se le seguirán los pasos
á su marido, y apenas
se revuelva, irá á parar
á Melilla ó Alhucemas.
MARC. Qué buenas almas! y entonces
como, dí, te mantubieras?
ROSA. Nadie se muere de hambre.
Toma, en esta calle misma
vive un señor, que en llegando
una mujer á su puerta
al punto la dá una onza
de limosna.
MARC. Y si llegan
hombres?
ROSA. Toma que se vayan esos
al Hospicio ó que se mueran.
(*Sale don Pedro.*)
PED. Felices señor maestro...
Adios señora maestra.
MARC. Dios guarde á usted caballero.
PED. Ha cosido usted la oreja
del zapato?
MARC. Sí señor, mírela usted.
PED. Está muy buena,
tome usted.
MARC. Cómo? señor
no vé usted que me dá media
onza de oro? sin duda
usted se equivoca.
PED. Ea
guárdela usted, y no replique.
MARC. Pero señor, en conciencia.—
PED. Usted es un hombre... cargado—
de obligaciones, y es fuerza
que los hombres de posibles
socorramos su miseria.
MARC. Dios le pague á usted señor
la caridad, y usted, vea
en que puedo...
PED. Basta basta.
No quiero, gracias. Es esta
señora, madre de usted?
SEB. No señor que soy su suegra.
PED. Ay que niño tan gracioso!
Es varon?
ROSA. No señor, hembra.
PED. Cual se parece á su madre.
MARC. Tan solamente las cejas
son de su padre.
ROSA. Alma mia,
regalo de mis potencias
ven con tu mamá.
PED. Qué madre
tan dulce y tan halagüeña!
es un dije! vén mi vida
haz un pinito, mi prenda...
¡cómo se rie! chiquillo
toma ese par de pesetas
para rosquillas.
MARC. Señor
Dios le pague á usted la buena
obra...
PED. Déjese de gracias
y ocúpeme en lo que quiera
luego le traeré un zapato
y le echará una puntera...
sea usted agradecido
y esto me basta: Maestra
lo mismo la digo á usted.
SEB. Rosita es una cordera.
ROSA. En mí tendrá usted una esclava.
PED. Pues adios hasta la vuelta.
MARC. Dios se lo pague.
PED. No mas.
MARC. Y le dé la gloria eterna.
PED. Adios. (*Vase D. Pedro.*)
ROSA. Vaya usted con Dios.
MARC. Qué hombres tan buenos se encuentran!
yo estoy pasmado! qué santo!
ROSA. Tome usted presto este niño.
SEB. Adonde vás tan de priesa?
ROSA. Marcos dame ese dinero
que voy en una carrera
á comprar catorce varas
de cinta de color perla
para unos lazos.
SEB. Mejor
es que te compres las medias
y los zapatos bordados
ROSA. Yo se lo que hago: venga
la media onza.
MARC. Demonio
conque no hay pan y ahora piensas
en perendengues?
ROSA. Qué importa?
si se ha entrado por la puerta
la fortuna.

MARC. Cómo? ha entrado?
adónde está esa doncella
que no la veo?
ROSA. Ya es tiempo
que hablemos, hombre, de veras
siéntate.
MARC. Mientras que hablas
compondré yo estas chinelas.
ROSA. Pues hijito, bien conozco
que cuanto sudas y agencias
lo gastas en mantenerme.
MARC. Ya ves que ni el dia de fiesta
suelto el cerote.
ROSA. Es verdad.
mas aunque sudas y velas
trabajando, cada vez
padecemos mas miserias.
MARC. Si está el oficio perdido:
ayer á una petimetra
la remendé unos zapatos
y yendo por la peseta
la encontré en cueros, lavando
una camisa mas negra
que mi corazon: la pobre
se escondió tras de la puerta
de la cocina, gritando
no tengo aquí faltriquera
la moza lo llevará
cuando acabe las haciendas.
ROSA. Están perdidos los tiempos;
mas volviendo á la materia
ya sabes tú que en mi casa
me han criado con decencia.
SEB. Mucho: tu padre el marqués
aunque cargado de deudas
te tenia como un dije
hasta que Antonia la tuerta
le engatusó, y ya se vé,
quedamos á la inclemencia.
MARC. Vaya, vaya, no sé como
hay mujeres que se atrevan
á indisponer amistades
y mucho mas cuando median
circunstancias; y hay ganado...
Qué, si no tienen conciencia!
ROSA. Pues hijo mio; supuesto
que no te encuentras con fuerzas
para mantenerme como
corresponde á mi nobleza
será preciso tomar
otros arbitrios.
MARC. Qué, intentas
echar á la lotería?
ROSA. Yo, no fio en papeletas.
¿Ves ese viejo?
MARC. Qué viejo?
ROSA. Ese que nos dió la media
onza.
MARC. Mujer, no merece
un sujeto de sus prendas
tan bueno y caritativo
tratarlo de esa manera.
ROSA. No seas tonto: ese viejo
me ha dicho que como quiera
corresponderle, á los dos
nos ha de vestir de seda.
MARC. Jesus! Jesus!!
ROSA. Qué te espantas?
hijo mio, en esta tierra
muchos maridos tomaran
semejante conveniencia.
MARC. Conque la límosna ha sido
para que ciegue?
ROSA. Tú piensas
que hoy se dan palos de balde?
MARC. Miren que bondad! desea
ayudarme á sostener
esta cruz! Ay que culebra
es el dichosito del viejo?
ROSA. Agradece á las sesenta
Navidades que le obligan
á entrar haciendo promesa
porque los mozos del dia
tienen tanta desvergüenza
que á la segunda visita
nos piden las asistencias.
MARC. Pues hija mia, ni viejo
ni mozo, ni macho ni hembra
pondrán los piés en mi casa.
ROSA. Pues mantenme con decencia.
MARC. Con la que pide tu clase,
y así, Rosa, no me muelas.
ROSA. Conque yo he de ver á otras
con encajes de una tercia
mientras voy amortajada
en mi saya de franela?
MARC. Hija mia, consolarse,
que así van las zapateras.
ROSA. Mientes, que á muchas conozco
cubiertas de plata y seda.
MARC. Comerciarán sus maridos
y yo les temo á las quiebras.
ROSA. Conque tengo de salir
con mantilla de bayeta?
qué dirán de mí en el mundo?
infame, no te avergüenzas?
yo me ahorco, venga pronto...
dadme al instante una cuerda.
Ay que me muero, que rabio
que se me anuda la lengua...
un confesor... Ay que espiro...
Ay... ay... que me caigo muerta...
(*Desmáyase.*)
SEB. Hija de mi corazon
que se muere! ay que pena!
tú perro, tienes la culpa.

MARC. Yo? la he tocado siquiera?
SEB. Vé á la botica del lado
por un doctor.
MARC. Santa Tecla
que halle uno de aquellos
que asesinan á docenas... *(Vasc.)*
ROSA. Se fué ya?
SEB. Sí, ya se fué.
ROSA. Veremos si con las tretas
de los accidentes puedo
trastornarle la cabeza.
SEB. El es bonazo y nos teme.
ROSA. Deje usted que á pocas de estas
lo pondré yo como un guante.
SEB. Vuelve á fingir que ya llega.

Sale MARCOS *y* D. TEODORO *médico, bailando.*

TEOD. Lan, laran, laran, laran,
es esta niña la enferma?
SEB. Ay mi señor don Teodoro
que imagino que está muerta!
TEOD. Me alegro... veamos el pulso...
lan, lan, laran, laran
el otro, lan, lan, laran, laran.
Viva está, veamos la lengua.
SEB. Cómo? si no puede abrir
la boca.
TEOD. Traiga usted apriesa...
MARC. Qué he de traer?
TEOD. Las tenazas.
MARC. Aquí las tengo en la mesa.
SEB. Ya abrió la boca: detente.
TEOD. A ver, lan, laran; la lengua
manifiesta claramente
que están todas las arterias
medio punto, sí, mas altas
que los tendones y venas
y como el cuerpo del hombre...
MARC. Si es mujer.
TEOD. Segun Rapsis y Abicena
solo es un arpa viviente
cuando el tiempo la destempla
pulsa la sangre, supongo
en la vena caba, y süena
el tono de á la mi re...
corre luego por la arteria
pulmonar, y dá el amí...
MARC. Ella á mí?
TEOD. Entonces todas lás venas
y los vasos copilares
desconcertados empiezan
ut re mi fa sol la si do,
de modo que el alma queda
aturdida, y tiene entonces
que taparse las orejas.
MARC. Todo eso será así:
pero en resumidas cuentas
qué es lo que tiene?
TEOD. Deseos
este es el mal que la aqueja.
MARC. Qué maldita enfermedad!
TEOD. Vá de noche á la retreta
esta niña?
SEB. No señor.
TEOD. Pues como puede estar buena
si la falta la armonía!
no quieren creerlo: apriesa
tráigase cien clarinetes:
ocho tambores: sesenta
platillos, catorce trompas
y que toquen hora y media
al lado de esta mujer
con eso cobrará fuerza
se templarán sus deseos
y la verá usted contenta.
MARC. Señor, son otros deseos
los que mi mujer desea.
TEOD. Qué sabe usted? haga pronto
lo que el médico le ordena
en la botica de junto
le dejaré la receta.
MARC. Pero dónde he de llevarla?
TEOD. Al cuartel que esté mas cerca.
ROSA. Ay de mí!
TEOD. Miren si ha vuelto
solo el nombre de retreta
la ha reanimado: señora
tenga usted valor, ya queda
dispuesta su curacion,
yo luego volveré á verla
hasta luego: lan laran... *(Vase.)*
MARC. Qué doctor tan herbolario,
maldita sea su receta!
SEB. Vén hija, te acostarás
un ratito, ya ves, bestia,
que la enfermedad de Rosa
son deseos: conque piensa
en cumplirlos, y sino
esto parará en trajedia.
ROSA. Lléveme usted de las manos
que se me doblan las piernas. *(Vanse).*
MARC. Vaya yo estoy aturdido!
Marcos, catorce trompetas,
veinte timbales... qué diablos
de cataplasma es aquesta!

Sale HERNANDO.

HERN. Vecinito, buenos dias
como es esto? es dia de huelga?
parece que hoy no se trabaja.
MARC. Qué trabajar, si mi suegra
y mi mujer, esos diablos
con enaguas me tienen vuelta
la cabeza.
HERN. Pues qué ha habido!
MARC. Qué ha de haber, que se halla enferma
de deseos, y me pide
un manton, cuando la perra

sabe, que para comer
apenas me dá la lezna.

HERN. No comprársele.

MARC. Usted sabe
quién es la niña? ahora queda
casi espirando, porque
yo no bajo la cabeza.

HERN. Quiere usted un buen remedio?

MARC. Se compone de trompetas
tambores, trompas, clarines
platillos y panderetas?

HERN. Usted es loco: voy por él.
Al instante doy la vuelta. *(Vasc.)*

MARC. Si irá á traer mi vecino
cuatrocientas panderetas?
yo entre música y deseos
voy perdiendo la chaveta.
Ay modistas! vuestros moños
son la causa de que tengan
mil inocentes maridos
calentura en la cabeza!
(Sale Hernando con un mazo de varas y en cada una, una cedulilla que esplique su virtud.)

HERN. Vecinito, aquí le traigo
en este mazo, la prenda
la receta, ó el remedio
con que curar la dolencia
de su mujer.

MARC. Es acaso zarzaparrilla?

HERN. Son ciertas
varas que tienen, amigo,
mil virtudes estupendas.
Leamos las cedulillas
para ver cual la aprovecha.

HERN. *(Lée.)* «Vara para las mujeres
»que tan solamente piensan
»en diversiones.»

MARC. Qué vara tan socorrida!
una de estas debia haber en cada
casa.

HERN. *(Lée.)* «Vara para las soberbias
»que en su casa llevar quieren
»los calzones.

MARC. Qué gran pieza!
y qué nudillos que tiene
Ya, si es medicina récia.

HERN. *(Lée.)* «Para las que siempre están
»con patatús, ó jaqueca.

MARC. Que linda vara! me acuerdo
que mi madre estaba enferma,
mas mi padre la tendió
una vara como esta
desde el cogote á las ancas,
y así se puso tan buena
que trabajaba despues
como una mula manchega.

HERN. *(Lée.)* «Para las que son amigas
»de cortejos.»

MARC. ¡Brava pieza!
esa debiera ir encima
de las demás: dos talegas
dieran muchos por tal vara.

HERN. *(Lée.)* «Para las largas de lengua.»

MARC. A esas si no se las cortan
otra cura será eterna.

HERN. *(Lée.)* «Para las que son muy vanas
»y tienen deseos.»

MARC. Esa,
esa es la que necesito:
pero como se usa de ella?
se debe aplicar al vientre
al pecho ó á la cabeza?

HERN. Nada de eso: mire usted
cuando mi vecina tenga
algun deseo, al instante
segun las horas que sean
déla usted tantos varazos
en los lomos con gran fuerza;
verá como de rodillas
le agradece la fineza.

MARC. Mas mire usted; le parece
que en dando las doce y media
la haga la pimera cura?

HERN. Mientras mas las horas sean,
mejor.

MARC. Y si tiene cuartos
el reloj, entran en cuenta?

HERN. Mucho; vecino hasta luego
apriete usted y nada tema.
(Vase por la derecha y á los cuatro pasos sale Rosa.)

MARC. Seguro está: yo temer
cuando la salud se arriesga?
Nada de eso; pero ya
mi muger aquí se acerca:
San Marcos haga este dia
que la vara no se tuerza.

ROSA. Por fin hombre que resuelves?
que determinas? qué esperas
á que me dé otro accidente?
Vaya respóndeme, bestia.
no te he dicho que deseo
un buen manton?

MARC. Lo deseas?
pues toma deseos, toma.
(La pega con la vara.)

ROSA. Que me matas; cesa, cesa,
no mas.

MARC. No quieres manton?

ROSA. Ni mantilla de bayeta.

MARC. Conque no tienes deseos?

ROSA. No: desecha está esta cadera.

MARC. Serás soberbia?

ROSA. Tampoco.
Seré como una cordera.



MARC. Me alegro: besa la vara:
vete ahora á tus haciendas
y cuidado, que esta vara
cura tambien la pereza.
ROSA. Ya lo sé: adios mi Marquitos.
maldita tu vara sea:
de nada valdrán mis gritos... *(Aparte.)*
en dándome esa respuesta... *(Vase.)*
MARC. Válgame Dios! quien pensara
que hubiese tales maderas
en el mundo: he de colgarla
con una colonia inglesa.
(Sale Sebastiana.)
SEB. Porque vá llorando Rosa?
Tú no haces la diligencia
del manton? Menea los pies
sal á la calle, trampea,
que deseo verla alegre.
MARC. Deseos! pues toma suegra
toma los deseos, toma. *(La pega.)*
SEB. Yerno mio, ten clemencia.
MARC. No tener deseos.
SEB. Hijo,
repara que soy tu suegra.
MARC. Buen reparo: por lo mismo
debo apretar las muñecas.
SEB. Ay Dios mio que me mata...
(Vase corriendo.)
MARC. Toma pues que lo deseas.
Válgame Dios y que alhaja
es la santa vara esta?
si será de palo santo?
en una bolsa de seda
la tengo de conservar.
Jesus que bella madera!
(Sale D. Teodoro médico.)
MÉD. Lan, laran... Y la señora?
MARC. Allá dentro está.
TEOD. Voy á verla
porque el mal es de cuidado.
Diga usted señor maestro
qué tal probó la receta
de la música del bombo,
platillos y panderetas?
porque deseo...
MARC. Deseos?
Vaya contra esa epidemia. *(Le pega.)*
TEOD. Qué haces pícaro bribon?
MARC. Qué? tocarle la retreta
para curarle el deseo.
TEOD. Preciso es tomar la puerta
infame ya lo verás... *(Vase.)*
MARC. Seguro está que aquí vuelva
aunque por cada visita
una onza se le diera. *(Sale don Pedro.)*
PED. Aquí están ya los zapatos.
MARC. Está bien.
PED. Y la maestra?
MARC. Algo mala.
PED. Dígala
que deseo socorrerla.
MARC. Conque deseos?
PED. Lo he dicho,
y lo deseo de veras.
MARC. Pues tome usted contra todos
esos deseos. *(Le pega.)*
PED. Qué intentas?
así me pagas infame
la caridad?
MARC. Si son friegas
para curar los deseos.
PED. Si no corro me derrenga! *(Vase.)*
MARC. Vaya es un gusto curar
á estas gentes. Qué comedia!
(Sale el vecino.)
HERN. Vecinito, como va
de medicina? aprovecha?
porque yo deseo, amigo...
MARC. Deseos? pues con madera
se curan. *(Intenta pegarle.)*
HERN. Que soy yo, Marcos.
MARC. Está usted enfermo y es fuerza...
HERN. Vaya, se le ha vuelto el juicio. *(Vase.)*
MARC. Todos sin deseos quedan.
Si alguno de los que escuchan
necesitare de aquesta
varita, para curar
á sus mujeres, que vengan,
y prestaré por caridad esta prenda.
Que como sepan usarla,
la mujer mas altanera
aunque se la salte un ojo
no deseará una camuesa.
Y pues queda demostrado
en esta graciosa idea
que no manda la mujer
como el marido no quiera,
la varita de virtudes
vuestra aceptacion merezca.

FIN.